

EXPECTATIVAS HUMANAS Y ESPERANZA EN DIOS

Alejandro Holgado

Introducción

I. A propósito de la historia de la esperanza

-La esperanza es uno de los ejemplos de la pluralidad, “que emana de la unidad, se justifica a partir de ella y puede ser reintegrada siempre en ella”.

“La mera esperanza intramundana puede constituir un acicate para la acción (...) en aquellos hombres que fluctúan en la incertidumbre, pero tal esperanza no lleva en sí la menor garantía de cumplimiento; si ha de ser algo más que un instinto ciego, ha de poder remitirse a algo que dé cohesión a la totalidad de la existencia fluctuante” (139).

A/ La Antigüedad

-Se alcanza a entender la esperanza como indispensable, pero al mismo tiempo ambigua y fluctuante; y las maneras de echar el ancla para superar dicha vacilación no logran sobrepasar lo impersonal del neoplatonismo, así como la resignación del estoicismo. A lo sumo, encontramos fragmentarias disposiciones, a modo de semillas del Verbo, para mejor entender la primacía y la fuerza del don, siempre personal, a partir del misterio de la Encarnación.

B/ La Biblia

-Aquí se produce un cambio total, porque ha desaparecido la desconfianza prometeica frente a Dios y la incertidumbre respecto de la propia persona; ya que toda la existencia de Israel se apoya sobre la acción salvífica previa de un Dios libre y personal.

C/ La era cristiana

1/ “Nos encontramos, pues, con tres modelos de esperanza: el pagano, el judío y el cristiano. Todos luchan por encontrar un sentido a la existencia” (143).

2/ La era cristiana es alentada preferentemente por la esperanza neotestamentaria: huida del mundo, superándolo hacia un nuevo cielo y una nueva tierra. La Reforma, el Racionalismo y la Ilustración, el Idealismo alemán: no tiene ya necesidad de una esperanza religiosa; el saber, quizás incluso la capacidad de previsión y planificación, la hacen innecesaria.

D/ La crisis actual

1/ Se cuestiona la representación de que lo absoluto que hay en el espíritu humano haya de derivar de otro: de Dios. Desde la absolutez de su yo libre está capacitado por el pensamiento para apropiarse sus propias precondiciones y convertirlas, dentro de ese mismo proceso, en providencia para su historia futura.

2/ Desaparece la instancia antigua y cristiana de la Providencia, con todo lo que incluye de actitud existencial: «oración» y «esperanza» no vienen a cuento allí donde la responsabilidad total del éxito corresponde a la «pre-visión» (*promatheaia*), a la prudencia y la habilidad humanas.

II. Las tres formas de la esperanza

A/ La ruptura asiática

1/ El extremo Oriente sigue ofreciendo la solución de una evasión ascendente. El pensamiento pagano occidental no sabe nada mejor que la dialéctica nietzscheana entre el prometeico “hacia adelante” (hacia el «superhombre») y la afirmación forzada de la rueda que gira (el «eterno retorno»). Esta contradicción solo se puede evitar mediante la distancia y una evasión: no hay libertad más que saltando fuera del círculo, negándose a caer en las «necesidades», negando las diferencias como si fueran mera «apariencia».

2/ La técnica se ve obligada a pagar su tributo al camino de la evasión: la “inmersión en lo profundo” encuentra un sucedáneo barato en la droga (el éxtasis que yo controlo y regulo). Pero la antitécnica y la rebelión contra la coacción del sistema degenerará en anarquía.

B/ La irrupción judeo-utópica

-Cuando la evasión es imposible es necesario un rayo de esperanza: el anuncio del reino de la libertad. El ideal esperado asume un carácter cada vez más abiertamente utópico: la “esperanza contra toda esperanza” del hombre profético, cuyo tipo es el “principio esperanza” (Bloch), el “impulso” elemental (Scheler), la energía impulsora original (Freud), la fuerza vital (Bergson) y la fuerza del pueblo -o la etnia.

C/ La irrupción de la salvación en Cristo

1/ Para el cristianismo hay dos cosas claras: a) una fe que se funda en el «hacerse hombre» [*factum est*] de Dios tiene prohibida toda huida del mundo (evasión); b) y una fe que se recibe totalmente de la iniciativa de Dios tiene prohibido todo empeño de «procurarse» la salvación por sus propias fuerzas (autosotería).

2/ Providencia en Jesucristo, que pone el acontecimiento de la cruz y de la Resurrección como lo último decisivo para el mundo y su historia. Este acontecimiento es el más real, y su fuerza es participada en la fe, esperanza y caridad, capacitando al cristiano para ordenar el mundo no solamente de acuerdo con sus necesidades y sus fuerzas, sino de acuerdo con la salvación de Dios.

3/ La visión cristiana del mundo es irrealizable en el plano de su naturaleza. El hombre, que debe intentarla, “debe alcanzar su plenitud a través del fracaso” (151). El hombre y su mundo se hallan proyectados hacia Dios: “El hombre no solo se edifica a sí mismo, individualmente para Dios, sino que también construye su mundo social con esta misma finalidad, que trasciende lo puramente mundano” (151). La realización de este proyecto es imposible: el Reino de Dios no cabe en la estrechez de la temporalidad. El misterio del hombre radica en que puede verter el Espíritu de lo Eterno en vasijas de tierra, no rompiéndolas o derramándolas de un modo anárquico-profético, sino liberando y eliminando desde dentro la ley alienante, mediante la espontaneidad del Amor.

III. La unidad de los tiempos

-La trascendencia platónico-budista [pagana] está dirigida hacia el pasado; la trascendencia judía está claramente orientada al futuro; la dimensión en la que se mueve el cristianismo no puede ser otra que el presente.

Solo en el cristianismo se vuelven conciliables las otras dos concepciones del mundo, contrapuestas entre sí (budista \leftrightarrow judía). “La presencia real de Dios en la Eucaristía engloba en sí ambas cosas: la memoria y la *spes*” (153). Conmemoramos su Pasión, mirando al futuro (cf. 1Co 11,26). Sumergirnos en la memoria cristiana de las maravillas de Dios no es hundirse en una realidad intemporal y pre-mundana al modo budista o platónico, sino en la Gracia de Dios. Ella se abre ante nosotros como un futuro inabarcable. Por eso, Pablo se siente “apresado en Cristo Jesús”: “Olvidando lo que queda atrás, me lanzo a lo que está por delante” (Flp 3,12). Lo que impulsa a la esperanza cristiana no es un poseer, sino un ser poseído. La energía le viene de que la tierra ha de dar respuesta al cielo que la ha interpelado. El cristiano no pretende transformar la tierra (mundo) por sus propias fuerzas, sino mediante la fuerza de la gracia de Aquel que al renovarlo todo ha intercedido por él (cf. 154).

-El cristiano no depende de sí para encontrarse a sí mismo, sino que ha sido creado y encontrado por Dios, por eso no puede perderse ni en el pasado, ni en el futuro: “Todo es vuestro: el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo futuro; todo es vuestro; y vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1Co 3,21s).

Conclusiones